



## Los ojos del caballo

**E**dito vivía en el páramo El Zumbador, donde hasta las bestias sufrían desvanecimientos. De noche El Páramo, era solamente ruido y viento. Cerca de la casa había una choza para los pasajeros nocturnos, siempre de a caballo, porque no había entonces carretera.

Cuando don Ovidio llegaba a la casa, Edito se ponía a su lado... los ojos altísimos, el sudor caliente. Ruana y sombrero sobre el caballo blanco como la niebla sobre el caballo blanco como la niebla... Sería por eso que él no lo veía venir, ni lo veía irse... Una aparición era don Ovidio, pero en la choza dejaba pan, velas, café.

A gritos lo llamaba la mamá: ¡Editooo! Exageraciones, pues él estaba ahí mismo, tras el bahareque, entre el calor de la paja y el borrego negro que le había regalado don Ovidio.

¡Editooo! Y él con el borreguito en los brazos... ¡Deje ese pedazo de animal! Y lo miraba de mal modo (¿Se lo iría a comer?... ¿Acaso no se había comido su perro Bernardo? Todavía se le revolvió el estómago, pero entonces que iba a saber él, que iba a estar preguntando). Vamos a ver si se despeñaron. Y como una cabra bajaba ella entre las piedras, colgando como una araña. Se iba poniendo redonda, pequeñita allá abajo, se la tragaba la neblina espesa y volvía a salir, mientras él la esperaba tiritando en el filo del camino. Regresaban con lo recogido en el barranco. Poca cosa, pues el peso del caballo, cargado, los zumbaba derechos al fondo.

Registraban después el refugio: pura bosta. Buena para el sarampión, había dicho don Ovidio, dándole a él un coscorrón y a la madre algunas monedas.

Habían pasado tres meses y don Ovidio no aparecía. Lo sabían por el almanaque que él había dejado. En él aparecían la Virgen y el Niño; abajo los números y delante de ellos una luna pequeñita, a veces negra, otras blanca; o mitad y mitad, o apenas negra y delgada como la hoz que él mismo le había regalado... ¡A cortar mon-

Yolanda Osuna

te, muchacho! Y lo mandaban a pastorear el borrego... Ellos al refugio. Entonces él se llegaba hasta el filo de los desbarrancos y se dejaba adormecer por el silbido del viento.

Cuando don Ovidio venía, a Edito le entraba el sueño temprano, pero despertaba y ya él no estaba... Iba a San Cristóbal a comprar... en la tienda de don Ovidio había de todo para comer, para abrigarse, para trabajar. Una vez la mamá le había dicho: -Vamos a que conozcas, y entonces fue camina y camina. Y pasaron por San Simón, Las Ánimas, El Portachuelo, El Playón, Murmuquena el río, y llegaron a Zea: un pueblo bonito, un juguete torneado por montañas bajas... Hacía calor... ¡Hace calor aquí, mamá! Y ella: ¡Chiiito, ahí está él! Don Ovidio como si no nos viera... ¿No nos conoce? ¡Chiito! No nos mira. Todos lo llamaban, le pedían cosas y él les despachaba. A su lado una mujer (miró a mamá, tan distinta), parecida a la virgen del almanaque, medía telas. Yo los miraba, a la mujer bonita y a don Ovidio. Los miraba vacío de neblina y comenzaba a entrarme una espina yo no sé por dónde; abría la boca, los ojos, y ya iba a gritar cuando apareció mamá: -Aquí estoy, ¡ya vámonos!... ¡Adiós don...!, ¡Adiós pues!, sin mirarnos.

Y otra vez fue andar y andar por entre caminos pedregosos.

Cuando fuera grande yo iba a tener un caballo blanco (el blanco) como el de él, y un machete, y viviría en Zea... mamá, ¿no nos vería don Ovidio?, neblina no había, muy ocupado estaba... -Pero, ¡cállese la boca! Que se le entra el frío.

Después, don Ovidio, siempre llegaba de repente, como la neblina, y únicamente me daba órdenes: Que cuidara la casa, que no se soltara el animal... Por entre los ojos aguamiel del blanco lo veía irse... desaparecían en la choza. Yo jugaba entonces al tope-tope con la cabeza del caballo que relinchaba y se reía... ¿Le dolerían los

## VIENE DE LA PÁGINA 1

dientes?

—Caballo moro como usted —Había dicho don Ovidio, blanco por encima, negro debajo... y se reía él también. Caballito cara sucia con mis manos de carbón de ceniza de pura tierra... Yo nunca sabía cuándo se iba, y ahora, tampoco, cuándo vendría.

El páramo ruge, mamá no habla, con los dedos cuenta las lunas blancas en el almanaque... ¿Y si había pasado a la noche, mientras dormíamos? ¿Y si era el mismo el que se había llevado el borrego?... Ella no me contestaba. Entre las barras del bahareque la hoz. En la choza había visto un rapipelao. ¡Esa noche lo cazaría!

En la espera, entre la oscuridad quieta y la neblina espesa me había quedado dormido. Me despertaron pasos de herradura sobre las lajas. Alguien amarraba y hablaba a su caballo que se sacudía caliente y oloroso a humo... La cabeza me dio vueltas y apenas alcance a ver ¿Un caballo careto? Los ojos le brillaban en la blancura de la niebla cuando el hombre entró. Había trancado, se había sentado en la cama de paja. Bostezaba, ¿rezaba? Se había quitado la faja y la colocaba a su lado. Yo no podía ver pero adivinaba escuchaba temblando, hasta que sin querer salté, y ¡zuas! El caballo afuera relinchó encabritado y de un solo golpe metió la cabeza por el ventanuco. ¡Era el blanco! ¡El de don Ovidio!, Edito asustado lo soltó y echó a correr por el camino contrario.

Había caminado sin parar dos días. De noche se recostaba a un árbol, y tan pronto se quedaba dormido creía ver los ojos del caballo mirándolo fijamente. Despertaba dudando si realmente el animal había cogido el mismo camino que él; pero ya no dormía más.

La noche siguiente, cansado, entró en una posada, comió y pagó por la cama. Apenas había dormido cuando un cabezazo en la ventana lo despertó. Ahí estaba el caballo blanco de don Ovidio, pudo verlo claramente.

Entonces resolvió dormir de día y caminar por la noche. Pero los ojos siempre abiertos le daban lágrimas. Se había metido en un río helado y desde allí había divisado en la otra banda un pueblo. Temprano llegó a una posada y pidió una habitación. Afuera hablaban de un hombre asesinado... Las voces se alejaban flotando redondas en el adormecimiento, hasta que otra vez la cabeza del caballo mirándolo tenazmente lo despertó.

Así iba de aldea en aldea, perseguido por los ojos del caballo. Su único alivio era entrarse en los ríos y cerrar los ojos bajo el agua, pero eso no era dormir. Ya creía volverse loco, cuando llegó de noche a un pueblo que al comienzo no reconoció. Había entrado por los lados del cementerio. Las calles que estaban frente al camposanto eran oscuras, pero de cada puerta, angosta y pintada de azul, colgaba una bombilla colorada. Dentro del camposanto dormía un viejo, a él le preguntó y el hombre le dijo que el ánima de Guillermina era la más milagrosa. Bastaba que le echara por un embudo medio litro de ron en la sepultura, y podía escribirlo, ¡lo que le pidiera!

Edito buscó el ron, se bebió la mitad y el resto lo ofreció al alma de Guillermina. Enseguida cayó rendido sobre la tumba. En lo más profundo del sueño sintió un topetazo en el aire y despertó asustado: ¡Los ojos del caballo colgaban sobre sus ojos! Entonces corrió dando alaridos. Hombres y mujeres medio desnudos salían alarmados. Edito quería entrar al prostíbulo pero no lo dejaban. Las bombillas se movían sobre las cabezas que acorralándolo le gritaban: ¡ladrón, loco, asesino! La policía no tardó en llegar y estar sobre él. Ya lo habían seguido, sospechaban que era el asesino de don Ovidio... Ahora sabría lo que le esperaba. Le mancornaron las manos atrás, lo arrearón calle arriba como si fuera un borrego.

A medida que caminaban iba amaneciendo... Hacía calor (hace calor aquí, mamá)... y el sol iba torneando las montañas bajas de ese pueblo de juguete...

*Fin***De Aire de las cinco (1992)**

# Corazonada

Mario Benedetti

**A**preté dos veces el timbre y en seguida supe que me iba a quedar. Heredé de mi padre, que en paz descansa, estas corazonadas. La puerta tenía un gran barrote de bronce y pensé que iba a ser bravo sacarle lustre. Después abrieron y me atendió la ex, la que se iba. Tenía cara de caballo y cofia y delantal. “Vengo por el aviso”, dije. “Ya lo sé”, gruñó ella y me dejó en el zaguán, mirando las baldosas. Estudié las paredes y los zócalos, la araña de ocho bombitas y una especie de cancel.

Después vino la señora, impresionante. Sonrió como una Virgen, pero sólo como. “Buenos días.” “¿Su nombre?” “Celia.” “¿Celia qué?” “Celia Ramos.” Me barrió de una mirada. La pipeta. “¿Referencias?” Dije tartamudeando la primera estrofa: “Familia Suárez, Maldonado 1346, teléfono 90948. Familia Borrello, Gabriel Pereira 3252, teléfono 413723. Escribano Perrone, Larraíaga 3362, sin teléfono.” Ningún gesto. “¿Motivos del cese?” Segunda estrofa, más tranquila:

“En el primer caso, mala comida. En el segundo, el hijo mayor. En el tercero, trabajo de mula.” “Aquí”, dijo ella, “hay bastante que hacer”. “Me lo imagino.” “Pero hay otra muchacha, y además mi hija y yo ayudamos.” “Sí, señora.” Me estudió de nuevo. Por primera vez me di cuenta que de tanto en tanto parpadeo. “¿Edad?” “Diecinueve.” “¿Tenés novio?” “Tenía.” Subió las cejas. Aclaré por las dudas: “Un atrevido. Nos peleamos por eso.” La vieja sonrió sin entregarse. “Así me gusta. Quiero mucho juicio. Tengo un hijo mozo, así que nada de sonrisitas ni de mover el trasero.” Mucho juicio, mi especialidad. Sí, señora. “En casa y fuera de casa. No tolero porquerías. Y nada de hijos naturales, ¿estamos?” “Sí, señora.” ¡Ula Marula! Después de los tres primeros días me resigné a soportarla. Con todo, bastaba una miradita de sus ojos saltones para que se me pusieran los nervios de punta. Es que la vieja parecía verle a una hasta el hígado. No así la hija, Estercita, veinticuatro años, una pituca de ocaí y rumi que me trataba como a otro mueble y estaba muy poco en la casa. Y menos todavía el patrón, don Celso, un bagre con lentes, más callado que el cine mudo, con cara de malandra y ropas de Yrieart, a quien alguna vez encontré mirándome los senos por encima de Acción. En cambio el joven Tito, de veinte, no precisaba la excusa del diario para investigarme como cosa suya. Juro que obedecí a la Señora en eso de no mover el trasero con malas intenciones. Reconozco que el mío ha andado un poco dislocado, pero la verdad es que se mueve de moto propia. Me han dicho que en Buenos Aires hay un doctor japonés que arregla eso, pero mientras tanto no es posible sofocar mi naturaleza. O sea que el muchacho se impresionó. Primero se le iban los ojos, después me atropellaba en el corredor del fondo. De modo que por obediencia a la Señora, y también, no voy a negarlo, pormigo misma, lo tuve que frenar unas diecisiete veces, pero cuidándome de no parecer demasiado asquerosa. Yo me entiendo. En cuanto al trabajo, la gran siete.

“Hay otra muchacha” había dicho la Vieja. Es decir, había. A mediados de mes ya estaba solita para todo rubro. “Yo y mi hija ayudamos”,

““

A nadie le di mis señas, pero a un amigo de Tito no pude negárselas. La espera duró tres días.”

había agregado. A ensuciar los platos, cómo no. A quién va a ayudar la Vieja, vamos, con esa bruta panza de tres papadas y esa metida con los episodios. Que a mí me gustase Isolina o la Burgueño, vaya y pase y ni así, pero que a ella, que se las tira de avispada y lee Selecciones y Life en español, no me lo explico ni me lo explicaré. A quién va a ayudar la niña Estercita, que se pasa reventándose los granos, jugando al tenis en Carrasco y desparramando fichas en el Parque Hotel. Yo salgo a mi padre en las corazonadas, de modo que cuando el tres de junio (fue San Cono bendito) cayó en mis manos esa foto en que Estercita se está bañando en cueros con el menor de los Gómez Taibo en no sé qué arroyo ni a mí qué me importa, en seguida la guardé porque nunca se sabe. ¡A quién van ayudar! Todo el trabajo para mí y aguantate piola. ¿Qué tiene entonces de raro que cuando Tito (el joven Tito, bah) se puso de ojos vidriosos y cada día más ligero de manos, yo le haya aplicado el sosegate y que habláramos claro? Le dije con todas las letras que yo con ésas no iba, que el único tesoro que tenemos los pobres es la honradez y basta. Él se rió muy canchero y había empezado a decirme: “Ya verás, putita”, cuando apareció la señora y nos miró como a cadáveres. El idiota bajó los ojos y mutis por el foro. La Vieja puso entonces cara de al fin solos y me encajó bruta trompada en la oreja, en tanto que me trataba de comunista y de ramera. Yo le dije: “Usted a mí no me pega, ¿sabe?” y allí nomás demostró lo contrario. Peor para ella. Fue ese segundo golpe el que cambió mi vida. Me callé la boca pero se la guardé. A la noche le dije que a fin de mes me iba. Estábamos a veintitrés y yo precisaba como el pan esos siete días. Sabía que don Celso tenía guardado un papel gris en el cajón del medio de su escritorio. Yo lo había leído, porque nunca se sabe. El veintiocho a las dos de la tarde, sólo quedamos en la casa la niña Estercita y yo. Ella se fue a sestear y yo a buscar el papel gris. Era una carta de un tal Urquiza en la que le decía a mi patrón frases como ésta: “Xx xxx x xx xxxx xxx xx xxxxx”. La guardé en el mismo sobre que la foto y el treinta me fui a una pensión decente y barata de la calle Washington. A nadie le di mis señas, pero a un amigo de Tito no pude negárselas.



““ Se habrá quedado mascando su bronca con la cara embadurnada y la toalla en la cabeza.”

La espera duró tres días. Tito apareció una noche y yo lo recibí delante de doña Cata, que desde hace unos años dirige la pensión. Él se disculpó, trajo bombones y pidió autorización para volver. No se la di. En lo que estuve bien porque desde entonces no faltó una noche. Fuimos a menudo al cine y hasta me quiso arrastrar al Parque, pero yo le apliqué el tratamiento del pudor. Una tarde quiso averiguar directamente qué era lo que yo pretendía. Allí tuve una corazonada: “No

pretendo nada, porque lo que yo quería no puedo pretenderlo”. Como ésta era la primera cosa amable que oía de mis labios se conmovió bastante, lo suficiente para meter la pata. “¿Por qué?”, dijo a gritos, “si ése es el motivo, te prometado que...” Entonces como si él hubiera dicho lo que no dijo, le pregunté: “Vos sí... pero, ¿y tu familia?” “Mi familia soy yo”, dijo el pobrecito.

Después de esa compadrada siguió viniendo y con él llegaban flores, caramelos, revistas. Pero yo no cambié. Y él lo sabía. Una tarde entró tan pálido que hasta doña Cata hizo un comentario. No era para menos. Se lo había dicho al padre. Don Celso había contestado: “Lo que faltaba.” Pero después se ablandó. Un tipo pierna. Estercita se rió como dos años, pero a mí qué me importa. En cambio la Vieja se puso verde.

A Tito lo trató de idiota, a don Celso de cero a la izquierda, a Estercita de inmoral y tarada. Después dijo que nunca, nunca, nunca. Estuvo como tres horas diciendo nunca. “Está como loca”, dijo el Tito, “no sé qué hacer”. Pero yo sí sabía. Los sábados la Vieja está siempre sola, porque don Celso se va a Punta del Este, Estercita juega al tenis y Tito sale con su barrita de La Vascongada. O sea que a las siete me fui a un monedero y llamé al nueve siete cero tres

ocho. “Hola”, dijo ella. La misma voz gangosa, impresionante. Estaría con su salto de cama verde, la cara embadurnada, la toalla como turbante en la cabeza. “Habla Celia”, y antes de que colgara: “No corte, señora, le interesa.” Del otro lado no dijeron ni mu. Pero escuchaban. Entonces le pregunté si estaba enterada de una carta de papel gris que don Celso guardaba en su escritorio. Silencio. “Bueno, la tengo yo.” Después le pregunté si conocía una foto en que la niña Estercita aparecía bañándose con el menor de los Gómez Taibo. Un minuto de silencio. “Bueno, también la tengo yo.” Esperé por las dudas, pero nada. Entonces dije: “Piénselo, señora” y corté. Fui yo la que corté, no ella. Se habrá quedado mascando su bronca con la cara embadurnada y la toalla en la cabeza. Bien hecho. A la semana llegó el Tito radiante, y desde la puerta gritó: “¡La vieja afloja! ¡La vieja afloja!” Claro que afloja. Estuve por dar los hurras, pero con la emoción dejé que me besara. “No se opone pero exige que no vengas a casa.”

¿Exige? ¡Las cosas que hay que oír! Bueno, el veinticinco nos casamos (hoy hace dos meses), sin cura pero con juez, en la mayor intimidad. Don Celso aportó un chequecito de mil y Estercita me mandó un telegrama que —está mal que lo diga— me hizo pensar a fondo: “No creas que salís ganando. Abrazos, Ester.”

En realidad, todo esto me vino a la memoria, porque ayer me encontré en la tienda con la Vieja. Estuvimos codo con codo, revolviendo saldos. De pronto me miró de refilón desde abajo del velo. Yo me hice cargo. Tenía dos caminos: o ignorarme o ponerme en vereda. Creo que prefirió el segundo y para humillarme me trató de usted. “¿Qué tal, cómo le va?” Entonces tuve una corazonada y agarrándome fuerte del paraguas de nailon, le contesté tranquila: “Yo bien, ¿y usted, mamá?”

*Fin***De Montevideanos (1959)**

...thy rope of sands...  
George Herbert (1593-1633)

La línea consta de un número infinito de puntos; el plano, de un número infinito de líneas; el volumen, de un número infinito de planos; el hipervolumen, de un número infinito de volúmenes... No, decididamente no es éste, more geométrico, el mejor modo de iniciar mi relato. Afirmar que es ahora una convención de todo relato fantástico, el mío, sin embargo, es verídico.

Yo vivo solo, en un cuarto piso de la calle Belgrano. Hará unos meses, al atardecer, oí un golpe en la puerta. Abrí y entró un desconocido. Era un hombre alto, de rasgos desdibujados. Acaso mi miopía los vio así. Todo su aspecto era de pobreza decente. Estaba de gris y traía una valija gris en la mano. En seguida sentí que era extranjero. Al principio lo creí viejo; luego advertí que me había engañado su escaso pelo rubio, casi blanco, a la manera escandinava. En el curso de nuestra conversación, que no duraría una hora, supe que procedía de las Orcadas.

Le señalé una silla. El hombre tardó un rato en hablar. Exhalaba melancolía, como yo ahora.

—Vendo biblias —me dijo.

No sin pedantería le contesté:

—En esta casa hay algunas biblias inglesas, incluso la primera, la de John Wiclif. Tengo asimismo la de Cipriano de Valera, la de Lutero, que literariamente es la peor, y un ejemplar latino de la Vulgata. Como usted ve, no son precisamente biblias lo que me falta.

Al cabo de un silencio me contestó: —No sólo vendo biblias. Puedo mostrarle un libro sagrado que tal vez le interese. Lo adquirí en los confines de Bikanir.

Abrió la valija y lo dejó sobre la mesa. Era un volumen en octavo, encuadernado en tela. Sin duda había pasado por muchas manos. Lo examiné; su inusitado peso me sorprendió. En el lomo decía Holy Writ y abajo Bombay. —Será del siglo diecinueve —observé.

—No sé. No lo he sabido nunca —fue la respuesta.

Lo abrí al azar. Los caracteres me eran extraños. Las páginas, que me parecieron gastadas y de pobre tipografía, estaban impresas a dos columnas a la manera de una biblia. El texto era apretado y estaba ordenado en versículos. En el ángulo superior de las páginas había cifras arábigas. Me llamó la atención que la página par llevara el número (digamos) 40.514 y la impar, la siguiente, 999. La volví; el dorso estaba numerado con ocho cifras. Llevaba una pequeña ilustración, como es de uso en los diccionarios: un ancla dibujada a la pluma, como por la torpe mano de un niño.

Fue entonces que el desconocido me dijo:

—Mírela bien. Ya no la verá nunca más.

Había una amenaza en la afirmación, pero no en la voz.

Me fijé en el lugar y cerré el volumen. Inmediatamente lo abrí. En vano busqué la figura del ancla, hoja tras hoja. Para ocultar mi desconcierto, le dije:

—Se trata de una versión de la Escritura en alguna lengua indostánica, ¿no es verdad?

—No —me replicó.

Luego bajó la voz como para confiarme un secreto:

# El libro de arena

Jorge Luis Borges



—Lo adquirí en un pueblo de la llanura, a cambio de una rupias y de la Biblia. Su poseedor no sabía leer. Sospecho que en el Libro de los Libros vio un amuleto. Era de la casta más baja; la gente no podía pisar su sombra, sin contaminación. Me dijo que su libro se llamaba el Libro de Arena, porque ni el libro ni la arena tienen ni principio ni fin.

Me pidió que buscara la primera hoja.

Apoyé la mano izquierda sobre la portada y abrí con el dedo pulgar casi pegado al índice. Todo fue inútil: siempre se interponían varias hojas entre la portada y la mano. Era como si brotaran del libro.

—Ahora busque el final. También fracasé; apenas logré balbucear con una voz que no era la mía: —Esto no puede ser.

Siempre en voz baja el vendedor de biblias me dijo:

—No puede ser, pero es. El número de páginas de este libro es exactamente infinito. Ninguna es la primera; ninguna la última. No sé por qué están numeradas de ese modo arbitrario. Acaso para dar a entender que los términos de una serie infinita admiten cualquier número.

Después, como si pensara en voz alta:

—Si el espacio es infinito estamos en cualquier punto del espacio. Si el tiempo es infinito estamos en cualquier punto del tiempo.

Sus consideraciones me irritaron. Le pregunté:

—¿Usted es religioso, sin duda?

—Sí, soy presbiteriano. Mi conciencia está clara. Estoy seguro de no haber estafado al nativo cuando le di la Palabra del Señor a trueque de su libro diabólico.

Le aseguré que nada tenía que reprocharse, y le pregunté si estaba de paso por estas tierras. Me respondió que dentro de unos días pensaba regresar a su patria. Fue entonces cuando supe que era escocés, de las islas Orcadas. Le dije que a Escocia yo la quería personalmente por el amor de Stevenson y de Hume.

—Y de Robbie Burns —corrigió.

Mientras hablábamos yo seguía explorando el libro infi-

nito. Con falsa indiferencia le pregunté:

—¿Usted se propone ofrecer este curioso espécimen al Museo Británico?

—No. Se lo ofrezco a usted —me replicó, y fijó una suma elevada.

Le respondí, con toda verdad, que esa suma era inaccesible para mí y me quedé pensando. Al cabo de unos pocos minutos había urdido mi plan.

—Le propongo un canje —le dije. Usted obtuvo este volumen por unas rupias y por la Escritura Sagrada; yo le ofrezco el monto de mi jubilación, que acabo de cobrar, y la Biblia de Wiclif en letra gótica. La heredé de mis padres.

—A black letter Wiclif —murmuró.

Fui a mi dormitorio y le traje el dinero y el libro. Volvió las hojas y estudió la carátula con fervor de bibliófilo.

—Trato hecho —me dijo.

Me asombró que no regateara. Sólo después comprendería que había entrado en mi casa con la decisión de vender el libro. No contó los billetes, y los guardó.

Hablamos de la India, de las Orcadas y de los jarls noruegos que las rigieron. Era de noche cuando el hombre se fue. No he vuelto a verlo ni sé su nombre.

Pensé guardar el Libro de Arena en el hueco que había dejado el Wiclif, pero opté al fin por esconderlo detrás de unos volúmenes descabalados de Las Mil y Una Noches.

Me acosté y no dormí. A las tres o cuatro de la mañana prendí la luz. Busqué el libro imposible, y volví las hojas. En una de ellas vi grabada una máscara. El ángulo llevaba una cifra, ya no sé cuál, elevada a la novena potencia.

No mostré a nadie mi tesoro. A la dicha de poseerlo se agregó el temor de que lo robaran, y después el recelo de que no fuera verdaderamente infinito. Esas dos inquietudes agravaron mi ya vieja misantropía. Me quedaban unos amigos; dejé de verlos. Prisionero del Libro, casi no me asomaba a la calle. Examiné con una lupa el gastado lomo y las tapas, y rechacé la posibilidad de algún artificio. Comprobé que las pequeñas ilustraciones distaban dos mil páginas una de otra. Las fui anotando en una libreta alfabética, que no tardé en llenar. Nunca se repitieron. De noche, en los escasos intervalos que me concedía el insomnio, soñaba con el libro.

Declinaba el verano, y comprendí que el libro era monstruoso. De nada me sirvió considerar que no menos monstruoso era yo, que lo percibía con ojos y lo palpaba con diez dedos con uñas. Sentí que era un objeto de pesadilla, una cosa obscena que infamaba y corrompía la realidad. Pensé en el fuego, pero temí que la combustión de un libro infinito fuera parejamente infinita y sofocara de humo al planeta.

Recordé haber leído que el mejor lugar para ocultar una hoja es un bosque. Antes de jubilarme trabajaba en la Biblioteca Nacional, que guarda novecientos mil libros; sé que a mano derecha del vestíbulo una escalera curva se hunde en el sótano, donde están los periódicos y los mapas. Aproveché un descuido de los empleados para perder el Libro de Arena en uno de los húmedos anaqueles. Traté de no fijarme a qué altura ni a qué distancia de la puerta. Siento un poco de alivio, pero no quiero ni pasar por la calle México.

Fin

De El libro de arena (1975)